

**ÉTIENNE**

**CABET**

**Viaje  
por Icaria**

**I**

**(Traducción de  
Narcís Monturiol y  
Francisco Orellana)**

Biblioteca de Política, Economía  
y Sociología

EL PROYECTO ICARIANO

## 1. El sueño y el diseño utópicos

En los proyectos utópicos acabados, en los que se pasa por todas las fases, del principio al fin, del nacimiento a la muerte, hay dos momentos de máxima libertad de imaginación, tal vez los de máxima belleza. Una utopía primeramente se *sueña*, algunas veces se *escribe*, pocas veces se *diseña* y casi nunca se *construye*. Por eso, los escasos procesos que han agotado todas las fases, como el «icariano» que aquí nos ocupa, tienen algo de ejemplar, una singular grandeza y, también, algo molesto, irritante, como si el HABER LLEGADO al final hubiera, al revelarlo, roto el hechizo.

Yo no sé si las utopías deben construirse (si acaso, sospecho que no pueden), pero me inclino a pensar que la belleza y la emoción, la esperanza y el entusiasmo, no se reparten por igual en las fases del proceso. La mayor libertad –¿y qué es la utopía en el fondo sino infinito deseo de libertad?– corresponde al primer momento, al de la fantasía, cuando la imaginación huye de lo dado y lo debido al país de ninguna parte, cuando viaja a la nada. En cuanto huida de la necesidad, del orden y de la determinación, es decir, de la naturaleza, la imaginación huye de sí misma, pues, como ya Hume había intuido, el espíritu se da, o se capta a sí mismo, siempre naturalizado, determinado, a no ser que se entienda como constante negación de sí mismo. Huida, pues, imposible ya que el camino, los pasos, las desviaciones, cualquier llegada... es inevitablemente del orden natural infinito. Pero, al fin, huida, es decir, negación de la naturaleza de la única manera que positivamente puede hacerse: debilitándola. Eso es, debilitándola en su orden rígido, en su constancia y continuidad, en sus hábitos normalizados, en su firme concreción. De ahí que el primer momento de la utopía, el más generalizado y al alcance de casi todos los hombres, es ese cotidiano sueño inconcreto, que se emprende de vez en cuando, en cada rechazo, en cada «no», que no exige coherencia, en revisión constante, como negándose a sí mismo; esa sucesión de fragmento que, por eso, porque no duran, porque no son partes fijadas de una totalidad, porque no fuerzan ni a su repetición, constituyen la mayor libertad que la imaginación puede alcanzar, su mayor desnaturalización, en fin, su más intensa fuerza utópica.

Debería darse más importancia a este momento utópico de la imaginación, el más popular y, a mi entender, el más radical. Podría incluso pensarse que ese ejercicio constituye lo específico del hombre, pues si éste es algo más que pura naturaleza o, con más precisión, de naturaleza no del todo natural, paradójica, insatisfecha de sí, en constante preten-

sión de negarse a sí misma, de «superarse»..., la forma más universal en la que el hombre la expresa es en esa constante y silenciosa rebelión contra el *topos*; contra el que dicen su lugar y en el que no se reconoce; contra el orden al que llaman su fin y que ahoga su ansia de ser otro, de no ser; contra la limitación que le ponen como suya cuando lo suyo es no aceptarla, luchar contra ella.

Esa forma silenciosa de ser utópico, decimos, cada uno debería cultivarla. No importa si no trasciende, si no arranca a nuestra existencia de las cadenas; pues, como decía Rousseau, no son las cadenas las que hacen al hombre siervo, sino su amor a las cadenas: no es la privación de libertad lo que niega al hombre libre, sino la pérdida del deseo de serlo. Por eso, mientras seamos capaces de mantener vivo el sentimiento de rebelión, mientras, aunque sea en silencio, ejerzamos la negación, mientras no entreguemos el alma, como suele decirse, aún queda esperanza. Es decir, aún está viva la utopía. Pues ¿qué otra cosa es ésta sino la esperanza? ¿Qué sino esa huida constante que, para poder seguir siendo lo que es, negación de lo dado, no puede dejar de mirar lo dado?

Pero en el campo de lo utópico hay otras dimensiones, otros momentos. Si el primero, el del sueño, es el mayor en riqueza y en fuerza negativa, el segundo rivaliza con él en belleza plástica. Este segundo es el de la «ciudad ideal» de los hombres de letras. Aquí lo real no es simplemente negado, sino que es sustituido: del viaje a ninguna parte, de la simple huida de aquí, de allá, se pasa a un viaje perfectamente programado. En realidad es sólo una «programación» del viaje, de la utopía; es sólo un cambio de *topos* y de «tópicos».

En manos de poetas y literatos, la utopía se convirtió en género. La imaginación ahora tenía que moverse en los límites del lenguaje, límites amplios y flexibles en manos de los poetas, pero límites al fin y al cabo. La imaginación tenía que poder ser dicha, y con ello aceptaba el orden, la fijeza, la coherencia..., aunque fueran otros. De hecho, todas las ciudades ideales descritas por la imaginación poética debían cumplir este requisito: reconstruir la armonía. Aunque tal vez la armonía, que no deja de ser un orden, aunque sea el «orden bueno», sea ya un límite a la imaginación utópica.

No obstante, no faltó belleza y alimento para la propia imaginación popular. La descripción de Homero en su *Odisea* de los jardines de Alkinoos, visitados por Ulises, o la «raza de oro» exenta de miserias y vejez que relatará Hesíodo, directamente o a través de otros escritores nos han ayudado a soñar, a mantener nuestra rebelión. Y la «Atlántida» del mito platónico trazó el molde para la construcción de ciudades ideales; e incluso se aceptó que, puestos a viajar, había que dirigirse a alguna isla, fuera la «isla del Sol» de los heliopolitas de la que habla Diodoro de Sicilia, la «isla sagrada» de los panchianos, entre India y Arabia, de la que da cuenta un tal Evémero... Plutarco encuentra otras muchas, las «islas afortunadas» a lo largo de la costa africana, la «isla de Orgivia» cerca de Bretaña. Y tantas otras.

Y luego Ovidio, que en las *Metamorfosis* revive el mito hesiódico; y Virgilio, que vuelve a soñar la edad de oro en la cuarta de sus *Églogas*. Y

ya en la modernidad la *Utopía* de Moro, la *Ciudad del Sol* de Campanella, la *Nueva Atlántida* de Bacon, la *Nueva Solyme* de Samuel Gott, para llegar a la segunda mitad del XVIII, en la que los relatos de viajeros y la confianza del hombre en sí mismo dejan de mirar al pasado para reconocerse capaces de hacer real la utopía.

De todas formas, estas utopías escritas nos parecen insuficientemente utópicas; tal vez la distancia histórica las ha hecho envejecer y resulten moderadas, cuando no indeseables. La «armonía» que describen, el nuevo orden que ofrecen, nos parece escaso, cuando no inaceptable. Al ser escrita quedó fijada y, con el tiempo, devino estrecha a la imaginación popular, que ha sido capaz de ir más lejos, mucho más lejos de esas ciudades ideales.

Ahora bien, una utopía escrita, además de alimentar la imaginación utópica popular, ocasionalmente ha servido para diseñar un proyecto. En la antigüedad, según nos dicen, el ensayo de comunismo en las islas Lípari, el milenarismo social y antiesclavista de Aristónico en Asia Menor, los intentos de Platón en Sicilia... En la modernidad se multiplicarían: Berkeley, Fourier, Owen, Cabet... quisieron realizar el sueño.

Proyectar, diseñar la utopía no es lo mismo que soñarla. Hay en ello, ciertamente, mucho de imaginación, pero el diseño pone sus límites. Hay que pensar en el dinero, en los metros cuadrados, en las comunicaciones, en las cloacas, en la división del trabajo. Es, por ejemplo, el aspecto feo de la *República*, que consolida las diferencias, que tiene que poner proporción y medida. No obstante, el diseño de una utopía tal vez sea el momento de mayor entusiasmo: del simple soñar se pasa a convertir la vida en sueño. ¿No es ésa la manera más radical de ser utópico? Lo que se pierde, pues, en imaginación, se gana en pasión: es el momento de la máxima locura, si ésta no es otra cosa que una manera diferente de construir el orden de la representación.

Pero, al igual que hay una pérdida del momento del sueño de la utopía al de su fijación en la literatura, del mismo modo ocurre al pasar del diseño a la realización. Es el momento de pagar el precio de la locura, por la terrible infamia de haber pretendido distribuir el saber entre los hombres, el bien en el mundo, la armonía en la discordia. Realizar la utopía ¿no es traicionarla? ¿No es su lugar la ausencia? ¿No es su efecto la puerta abierta a la huida, única forma de libertad?

Tal vez ése haya sido el gran error de los hombres: querer un mundo utópico, cuando lo utópico es, precisamente, no querer el mundo. En nombre de un nuevo orden, de una nueva armonía, de nuevas leyes para libertad, ¿cuántas sumisiones no se han aceptado? En nombre de la utopía, ¿cuánto contenido utópico no se ha sacrificado?

Tal vez ése sea el destino paradójico de lo utópico: querer realizarse, querer negarse, convertirse en su contrario mejorado y embellecido a costa de su singular belleza.

## 2. El sueño icariano

La obra que ha motivado esta reflexión, el *Viaje por Icaria* de Cabet, es uno de los momentos, el literario, de la aventura utópica icariana o cabetiana. Una aventura completa, acabada en todas sus fases, y en todas ellas brillante. Hasta el punto de que puede servir de modelo para ilustrar cuanto acabamos de decir.

Efectivamente, Cabet y sus seguidores cumplieron todos sus viajes. En primer lugar realizó el imaginario, el sueño utópico, aún sin nombre de ciudad, hecho a trozos sobre la negación de la vida y el mundo que le había tocado vivir. Este sueño, del que algo dejan traslucir su *Historia popular de la Revolución francesa, 1789-1830* y sus numerosísimos artículos desde *Le Populaire*, órgano cabetiano que fundó en 1833 y desde el que difundiría su doctrina; este sueño, decimos, debió ser moderado, prudente, como suelen serlo los de los hombres de su clase social. Hijo del pueblo, Cabet nació en la escasez y la sufrió lo suficiente para poder comprender la miseria que comenzaba casi al final de sí mismo. Cuando se vive en la carencia, debe de ser muy difícil imaginar paraísos áureos (aunque gusten cuando se contemplan descritos por otros); Cabet, al menos, soñaba con cosas tan humildes que no parecen utópicas: el bienestar, la igualdad y la fraternidad. ¿Qué otra cosa se puede soñar desde el hambre, la injusticia y la opresión? Parece poco utópico, pero fue esa protesta tan simple la que desencadenó la metamorfosis de la utopía.

El capitalismo avanzaba, y dejaba ver sus garras negras. La riqueza que producía no podía ocultar aún el dolor de que se alimentaba; si liberaba de la servidumbre, reproducía la sumisión. Y la desigualdad es siempre más ostentosa en la abundancia, como la injusticia lo es en la libertad.

Con voluntad, con gran esfuerzo y ayudado por su notable capacidad intelectual, consiguió hacer algo que, si no hoy, en aquellos tiempos era realmente utópico para un hombre de su clase: doctorarse en Derecho, costeándose él mismo toda la carrera con su trabajo. Apostaba por ser defensor del pueblo y, como encontró imposible hacerlo desde el despacho, se dedicó a la política. Folletos, libelos, sociedades secretas, movilizaciones callejeras, un acta de diputado y muchas reivindicaciones, muchísimas, que poco a poco se iban articulando en torno a una sola que las englobaba: *igualdad*.

«El comunismo icariano tiene por objeto destruir la opresión, la miseria y la ignorancia; cortar de raíz todos los vicios y todos los crímenes; establecer entre el género humano la unión, la concordia, la paz y la beneficencia; en una palabra, asegurar la felicidad de todos los hombres y de todos los pueblos sin excepción.

»Así pues, su objeto es el mismo que el que se propuso llevar a cabo el cristianismo. El principio del comunismo, *igualdad y fraternidad*, es el mismo que el del cristianismo.»

(«El comunismo es el cristianismo». *La Fraternidad*, 27-II-1848.)

¿Qué cosa más digna podría soñar un trabajador? ¿Es eso poco utópico o condensa toda la utopía del mundo? Ciertamente, suena menos literario pedir más igualdad que imaginar armonía, justicia, felicidad, alegría, paz, hermosos paisajes, una naturaleza feraz y benigna, altruismo, riqueza cultural... Pero ¿es menos hermoso? ¿Es menos utópico?

Cabet no resistió la tentación de dar el siguiente paso, de escribir ese deseo de igualdad, de articular todas las reivindicaciones sociales en una descripción única, en una ciudad ideal, que sirviera para potenciar cada uno de los contenidos al verlos en justa y equilibrada armonía con los demás. Y, así, escribió el *Viaje por Icaria*. Del vagabundeo de sus sueños pasó a fijar de una vez por todas la imaginación; de criticar el orden pasó a criticar el orden malo en nombre del orden bueno. Ganó, tal vez, en belleza, en espectacularidad; pero asumió un terrible riesgo.

Como hemos dicho, el *Viaje por Icaria* está atravesado por el deseo de igualdad. Para ser más preciso –pues para Cabet la igualdad no se consigue por el reparto, sino por la comunidad de bienes–, *Icaria* es un sueño comunista, que Cabet identifica con el verdadero cristianismo, el de los primeros tiempos.

«Sin embargo, el patriarca de Constantinopla, san Juan Crisóstomo, Pelagio y sus numerosos partidarios: los bagaudas en la Galia, los roduses y los albigenses en Francia, una multitud de sectas protestantes en Alemania, en Inglaterra, en América, y una multitud de filósofos, han practicado y predicado la Comunidad desde el tiempo de Jesucristo hasta nuestros días.

»Los comunistas, actuales son, pues, los *Discípulos*, los *Imitadores* y *Continuadores* de la doctrina de Jesucristo.

»Respetad, pues, una doctrina predicada por Jesucristo.»

(*Doctrina comunista*. Apéndice a *Viaje por Icaria*)

Resumir la obra no vale la pena; pues, en este caso, como en muchos otros, lo importante de la obra literaria son sus detalles. Ahora bien, no podemos renunciar a comentar algunas de sus peculiaridades.

En primer lugar, como hacen casi todas las «ciudades ideales» de la literatura, ésta no sólo persigue demostrar que el hombre es capaz de imaginar cosas tan bellas, sino que aspira a persuadir de que tales cosas son realmente posibles. El objetivo de Cabet, pues, como el de tantos otros, fue el de persuadir a los hombres de que es posible salir de la miseria material y moral en la que viven: es la utopía de un reformador; por tanto, utopía sólo a medias. Para salir de esa situación había un solo secreto: ser bueno. Y «ser bueno» quiere decir convertirse a la verdadera religión, el cabetismo, basado en la comunidad de bienes y en la fraternidad universal.

«¿Cuál es vuestra *ciencia*? – La Fraternidad, respondemos nosotros.

»¿Cuál es vuestro *principio*? – La Fraternidad.

»¿Cuál es vuestra *doctrina*? – La Fraternidad.

»¿Cuál es vuestra *teoría*? – La Fraternidad.

»¿Cuál es vuestro *sistema*? – La Fraternidad.

«Sí, nosotros sostenemos que la *Fraternidad* lo contiene todo, lo mismo para los sabios que para los proletarios, tanto para el instituto como para el taller, y si no aplicada la *Fraternidad a todo*, deducida de ella todas las consecuencias, y llegaréis a todas las soluciones útiles.

«Es muy sencilla la palabra *Fraternidad*, y sin embargo es poderosa la aplicación de sus consecuencias.»

(*Doctrina Comunista. Apéndice a Viaje por Icaria.*)

Ahora bien, para hacer posible esa conversión convenía imaginar un mundo mejor en relación con el cual los hombres pudieran comparar su situación. Por tanto, el *Viaje por Icaria* es el mecanismo de persuasión que, mostrando a un tiempo la miseria real y la felicidad posible, decida a los hombres a dar el primer paso hacia la utopía. Pues conviene subrayar que en la doctrina cabetista, como en el cristianismo, es el hombre quien debe dar el primer paso por el camino del bien, pues la utopía se alcanza tras la renovación espiritual del hombre. Éste, previamente, debe optar por la comunidad y la fraternidad: opción difícil, que luego se presume fácil de mantener, pero que en el primer momento necesita el empuje de una promesa de felicidad posible. Por tanto, en Cabet el *Viaje por Icaria* no es la simple manifestación literaria de la utopía, sino instrumento en un proyecto utópico.

Lo que acabamos de decir se prueba con este relato titulado «Conversión de una esposa», que aunque extenso no nos resistimos a recogerlo íntegro:

«Desde el momento que *La Fraternidad* anunció al pueblo el colosal proyecto del inmortal Cabet, un demócrata se proclamó Icariano en el seno de su familia: sus cuatro hijos abrazaron por convicción las doctrinas sociales del Comunismo y declararon solemnemente que pertenecían ya a la gran familia Icariana; pero la madre, criada bajo el influjo de la sociedad aristócrata, educada en la escuela de la desgracia y aleccionada con los engaños del siglo, ha fijado en su corazón la del apóstol Tomás y no cree sino lo que con sus ojos ve y lo que con sus manos toca. Aunque razones lógicas la convencan, aunque conozca la posibilidad de los efectos por sus primitivas causas, siempre le queda un *pero...* que le hace ahuyentar sus más gratas ilusiones: ¡ha tenido tantas veces la felicidad a la puerta de su casa! Ha sido tantas veces engañada, que es preciso catequizarla con hechos positivos equivalentes a la elocuencia más santa del más sublime lenguaje. Así que su esposo la convida a paseo y accediendo gustosa hace casual el paso por delante de una fábrica movida por máquinas y entran en ella. Qué grato placer experimentó el esposo cuando, a la vista de una máquina en la que trabajaba un solo hombre, la esposa preguntó: ¿Cuántos hombres se ocuparían en trabajar lo que esta máquina produce cada día?

«—Ah, señora, respondió el jornalero, muchas familias se podrían mantener con lo que esta máquina hace, pero los ricos han dado en la manía de reducir el trabajo y cuantos más beneficios se procuran con máquinas, cuanto más se enriquecen los amos, tantas más manos muertas y tanta mayor miseria ha de haber sobre la tierra, de modo que cuando se hilaba con la rueca, se

retorcía con el torno y se tejía con un telar los jornaleros éramos felices, pues para todos bastaba, y ahora no hay sino mendigos que comen el pan negro de la caridad si no mueren de hambre!

«—Pero usted —contestó la señora— ganará un crecido jornal.

«—Para vestir con andrajos, señora, y dar a mi numerosa familia unas malas patatas y un pedazo de pan que para que dure lo hacemos secar al sol.

«—¡Qué infelicidad!

«—¡Ah, señora! Otros hay que son más infelices que yo: ¿ve usted aquella pobre anciana sentada bajo la ventana recibiendo los rayos del sol?

«—Sí.

«—Es la madre de aquella mujer extenuada que hace mover esa gran mole; esas dos crituras mugrientas y andrajosas que tiene a sus pies son el fruto de sus amores que están esperando la campanada de las 8 para almorzar, y su almuerzo consistirá en una salada e insalubre sardina que se repartirán entre las cuatro infelices, cuya manutención pesa sobre esa desgraciada viuda.

«Al llegar aquí, los esposos, impulsados mutuamente por un sentimiento de compasión dijeron a la vez: ¡*Vámonos de aquí!*

«Cuando salieron de aquella mansión que representa el contraste de la opulencia sostenida por la miseria, preguntó la esposa si en Icaria había máquinas, y el esposo le contestó que sí.

«—Luego, según lo que acabo de ver, en Icaria serán las máquinas la representación de la pobreza del pueblo, el símbolo de su esclavitud.

«—Al contrario, mi querida: las máquinas en Icaria serán el descanso del operario y el enriquecimiento de la Comunidad: y como la Comunidad será rica, alimentará a sus Socios con prodigalidad y buen condimento y los vestirá con buen abrigo: ¿has visto a esos seres desgraciados que entran a trabajar con las estrellas de la mañana y salen acompañados de la luna? ¿Has oído que el jornal que ganan no basta para atender al alimento de la familia? ¿Has visto los harapos con que se cubren, su tez mugrienta y amarilla, y su embrutecimiento hasta en las maneras? Pues esto en Icaria tendrá el reverso que te voy a explicar. La buena vieja que tomaba el sol como imposibilitada sería atendida con el mayor cuidado y esmero; las dos criaturitas que cuidaba, rollizas y bien vestidas y bien alimentadas y limpias estarían en una escuela de párvulos durante la ocupación de su madre; y ésta se ocuparía solamente 6 ó 7 horas en labores de su sexo dejando a un animal o al vapor o a un salto de agua el trabajo pesado de dar vueltas a la gran maquinaria; por todo lo cual recibiría en recompensa una libertad razonada para descansar en las demás horas del día, divertirse y cuidar y acariciar a sus chiquillos, que, así como ahora le sirven de tormento, entonces le servirían de consuelo y alegría, porque los vería bien vestidos y alimentados como ella.

«—Retratas tan al vivo, esposo mío, que mi fe se aviva, mi entusiasmo crece y estoy decidida a marchar contigo a participar las delicias de ese naciente paraíso, pero si todos marchamos, si los jornaleros entienden el bien que se les prepara, ¿qué harán los ricos sin criados que les sirvan, sin trabajadores que les enriquezcan; sin labradores que los mantengan?

«—Que trabajen y que, como nosotros, formen una Comunidad.»

(*La Fraternidad*, 12, 23 de enero de 1848.)

Pero el carácter insuficientemente utópico al que hemos hecho referencia se deja ver en la oferta. Pues si dejamos de lado los contenidos generales que se presumen reunidos en *Icaria*, como la comunidad de bienes, la paz, la libertad, la fraternidad, la igualdad, la felicidad..., lo cierto es que los rasgos concretos de esta ciudad, vistos desde nuestro momento histórico, nos resultan escasamente utópicos. Ciertamente, son de gran altura estos principios:

- «Anatematizamos la fuerza: nuestra propaganda es pacífica»;
- «De cada uno según sus fuerzas y capacidades, y a cada uno según sus necesidades»;
- «No queremos el *Individualismo*, ni la ley agraria, ni la *Repartición de bienes*. Queremos una sociedad fundada en la *Fraternidad*, y, por consiguiente, queremos *La Caridad Organizada*, esto es, el *Comunismo*»...

Pero si damos un repaso a algunos de los rasgos de esa ciudad ideal, descubrimos qué poca imaginación derrochó Cabet; o, tal vez con más justicia, cuánto ha avanzado la capacidad imaginativa de nuestro tiempo. Por ejemplo, el icariano se jubilaba a los 65 años, había una especie de ley de incompatibilidades, se prohibía el pluriempleo, se ofrecía como insólito el que Icaria tenía una red de alcantarillado, baños en las casas, muchos ferrocarriles, muchas máquinas que ayudaban al hombre en los trabajos rudos, calles rectas y amplias, etc. Nada de lo que hoy se carezca y poco de lo que resultaría hoy utópico.

### 3. El diseño icariano

Al diseñar una ciudad ideal se intenta traducir la descripción literaria, incluso añadiendo elementos imaginarios nuevos, pero sometido todo ello a un orden, a unos confines. El proyecto icariano abundó en ilusión, esperanza, generosidad, sueños, pero para ser proyecto tenía que enfundarse en vestuario realista. Cabet y sus seguidores eran conscientes de que el poder persuasivo de su ciudad ideal no le vendría de su ser utópica, sino de su ser una utopía posible. «Es muy bello, dicen, es *seductor*, pero es *imposible*.»

«¡Es imposible!

»Cuando el cristianismo en su aurora tuvo que luchar proclamando la *Fraternidad* de los hombres y de los pueblos y, en consecuencia, la *abolición de la esclavitud*, el paganismo lo rechazaba graduándolo de utopía, locura, imposibilidad. Como en aquellos tiempos los esclavos eran los únicos que trabajaban y cumplían las funciones de domésticos y obreros, las notabilidades científicas, las grandes dignidades, las reputaciones curiales, los escritores infalibles, los divinos hombres de Estado, todos afirmaban que, si los esclavos llegaban a ser libres, no habría nadie que quisiese trabajar; y que, por consiguiente, las tierras permanecerían incultas, que el género humano moriría de hambre o se vería reducido a comer hierbas y bellotas; que

las grandes fabricaciones estarían abandonadas, no habiendo ni vestidos, ni casas, que los hombres andarían desnudos y dormirían en cavernas, etc. Un senador afirmaba seriamente que no se hallaría una sola persona que quisiera limpiar las sillas del Senado.

»En efecto, entonces era necesario revolucionarlo todo, arrasarlo todo, destruir las preocupaciones todas, todos los usos, todas las costumbres, los templos y los altares y arrancar las armas al ejército innumerable de los sacerdotes paganos; era necesario hundir, en fin, ¡el paganismo entero!... Si alguna vez ha existido una *imposibilidad*, ¡fue sin duda aquella! Y bien, a pesar de todos los obstáculos, de todas las persecuciones, de todos los suplicios, trescientos años después, Júpiter y sus sacerdotes estaban destronados, sus templos y sus palacios destruidos...

»Para el establecimiento del Comunismo no hay tantos obstáculos.» («El comunismo es el cristianismo», en *La Fraternidad*, 17, 27 de Febrero 1848.)

Para que fuera vista como posible, había que añadir al proyecto ciertas dosis de racionalidad tecnológica al uso. Podía seguirse soñando el «Edén de la Humanidad», pintarlo de «Fraternidad Universal», fingir benignos climas, feraces tierras y generosos vecinos en las llanuras tejanas; podría fantasearse el viaje con el relato de lord Carisdall, imaginar ríos navegables, ignorar la malaria, la rudeza del trabajo, la distancia de los lugares... Pero en el medio del sueño, Cabet y los suyos tenían que recurrir a los números, a los precios, al mercado, a las finanzas.

Y es aquí, tal vez, donde la paradoja acabe ahogando la utopía. Mientras se trataba de recoger entre los amigos los fondos para preparar la expedición de una «Vanguardia», todo fue relativamente bien: la «caridad», aún no organizada, pero hermosamente predicada, superó todos los obstáculos. Hubo algunas decepciones, pero los trámites seguían adelante. Ahora bien, había que comprar las tierras, pues la imaginación de los cabetistas no consiguió imaginarse unas tierras de nadie. Y aquí comienzan –en algún punto había de ser– los males de los icarianos: como una burla del mercado y de la especulación vergonzantes a los que se enfrentaban, Cabet se convirtió en el primer parcelista notable engañado. Se le ocurrió comprar un millón de acres a una compañía que buscaba colonos. Lo creyó, por el precio y por la calidad de las tierras, casi un regalo. Pero cuando, tras mil peripecias que pusieron a prueba su férrea voluntad utópica, los hombres de la «Vanguardia» llegaron a las llanuras tejanas, comenzaron los problemas de la «interpretación del contrato». Cabet, utópico o ingenuo, pagó por un millón y firmó por cien mil acres. Tal contrariedad no era suficiente para desanimar a hombres como nuestro Joan Rovira, que dejó mujer e hijos para lanzarse a una semejante aventura, tras una intensa campaña de Monturiol y los compañeros de «*La Fraternidad*» destinada a recabar entre todos los 600 francos necesarios para poder formar parte de la expedición. La burla tenía que ir más lejos para vencer su noble espíritu. Así, resultó ser que los cien mil acres no constituían una extensión continua: el estado de Tejas había parcelado en forma de un tablero de ajedrez, quedándose, por

ejemplo, con los negros. Los blancos pertenecían a la compañía promotora, la que realizó la venta a los cabetistas. Las parcelas, pues, se tocaban sólo por los vértices. Más aún, ni siquiera eso, pues la compañía, para facilitar las ventas, dividió cada uno de sus cuadrados en dos rectángulos iguales, muchos de los cuales estaban vendidos... Resultado: el proyecto de crear una comunidad se veía así burlado por la racionalidad del orden social que pretendían burlar. Ni siquiera conseguían un buen lugar, y con suficiente extensión, para edificar su ciudad. ¿Una burla? Tal vez, pero ¿cómo haberlo previsto sin salir de la utopía, sin perrecharse con las mismas armas que los especuladores, sin usar las mismas razones, las mismas sospechas, los mismos deseos?

Cabet hizo lo que pudo. Si lo hubiera montado de otra manera, tal vez hubiera pasado a la historia como un exitoso rancharo o barón del petróleo, pero no como un inspirador de un movimiento utópico. Y cada cosa tiene su valor. Si nos fijamos en los resultados finales, no es para ser optimista. Hubo de todo: discusiones internas, lucha por el reparto de los bienes y las tierras, querellas judiciales, acusaciones de malversación de fondos... Ni el mismo Cabet se salvó, consiguiendo a duras penas mostrar su indudable inocencia. Muchos de ellos optarían por buscar un patrón en la ciudad más próxima y, perdida la ilusión, salvar al menos la salud y la vida.

Pero si enfocamos la mirada de cara a las ilusiones que despertó, la buena fe y la generosidad que se derrochó, el entusiasmo y la esperanza suscitados y los deseos de renovación inspirados, casi nos atreveríamos a decir que la utopía cumplió su fin: que no es el de ofrecer a los hombres un orden mejor, más bienestar y más justicia, sino la de hacerles vivir, o sea, negar aunque sea imaginariamente su limitación.

Convendría, al respecto, leer el «Vamos a Icaria» de Cabet, publicado en *Le Populaire* y reproducido en *La Fraternidad*:

«Allá, en Icaria, existirá el matrimonio y la familia en toda su pureza y en toda su felicidad; todos serán casados; no existirá el celibato ni los dotes; la mujer recobrará sus derechos y su dignidad...

»¡No más criados, no más proletarios, no más esclavos!...

»Las máquinas multiplicadas hasta el infinito, para ayudar al hombre; el trabajo exento de todo peligro y de toda fatiga excesiva, fácil y corto, se procurará hacerlo atractivo por todos los medios.

»Las bellas artes llevadas al último grado de desarrollo y de perfección.

»En Icaria no habrá quiebras ni sobresaltos; no habrá pleitos ni pasaportes; esbirros, ni gendarmes; ni verdugos ni carceleros.

»La intolerancia religiosa y la superstición serán desconocidas; el cristianismo reinará en toda su pureza.

»Tampoco existirá la inquisición, ni opresión de ningún género; al contrario, la Democracia más pura, la Libertad más real, el sufragio universal en toda su verdad, *todo por el Pueblo y para el Pueblo*.

»Dejará de existir el servicio militar, estéril y embrutecedor y opresivo; pero todos los ciudadanos pertenecerán a la guardia nacional y estarán ejercitados en el manejo de las armas.»

(«Vamos a Icaria», *La Fraternidad*, 8, 26 de diciembre de 1847.)

O las emociones vividas por Joan Rovira, que las describía así a sus amigos (quienes, a su vez, las difundían a todos los seguidores, porque, en el fondo, ellos vivían en Joan Rovira la aventura común):

«El día 27 del presente es el fijado para el embarque: Gouhenand es el director de esta pequeña Vanguardia, y está ya en El Havre.

»¡A cada momento, nuevas sorpresas! Creo que Icaria será el centro de todas las inteligencias.

»Me prometo tanto, veo tantas cosas, y tengo la cabeza tan llena de ideas, son tan fuertes los latidos de mi corazón, que ni sé lo que os escribo, ni qué deciros.

»Estoy ocupado en el arreglo de los instrumentos de mi profesión en unión con el médico Leclerc, que forma parte también de la Vanguardia.

»Dentro de algunos días os escribiré más metódicamente: dispensadme el contenido de ésta, porque mi cabeza no se halla siquiera para leerla.

(*La Fraternidad*, 13, 30 de enero de 1848.)

«Con nosotros vienen físicos, químicos, mecánicos, hombres inteligentes en todas las ciencias, cada palabra de ellos es una lección, y cada acción es un ejemplo de ciencia o de moral.

»No puedo describiros el entusiasmo y convicción que reina por aquí a favor de nuestras doctrinas. Las mujeres dan sus alhajas para los gastos que ocurren.

»Todos son hombres de juicio, yo soy de los más jóvenes. M. Cabet, el Redentor, nuestro padre, nos ama y adora como a sus hijos queridos, es la luz de la filosofía actual, considerado como el primer talento y la probidad inmaculada.

»Cada día doy gracias a Dios por la bondad, por el favor que me ha dispensado ilustrando mi razón y enseñándome el camino y el guía que debía seguir. Antes de dos años, padres míos, veréis emigrar el mundo entero, la Icaria será el foco de la Humanidad, el sol que derretirá el egoísmo y el individualismo para confundir los hombres todos con sus inteligencias y formar un solo ser, la humanidad.

»¡Llor al grande hombre que ha tenido el valor y saber para predicar tanta doctrina!»

(*La Fraternidad*, 14, de 6 de febrero de 1848.)

O el relato que *La Fraternidad* recoge, en su número 15, del juramento de los componentes de la primera expedición, pocas horas después de zarpar el barco y tras meses de preparativos:

«¿Persistis en declarar que conocéis perfectamente el sistema, la doctrina y los principios de la comunidad icariana? —Sí, han contestado todos.

»¿Persistis adoptándolos con toda la fuerza de vuestra convicción? —¡Sí, sí!

»¿Adoptáis sobre todo el principio de la fraternidad de los hombres y de

los pueblos y todas sus consecuencias? –Sí, han respondido con mayor fuerza.

»¿Os sentís con la fuerza y la inquebrantable voluntad de consagraros a la realización de la *Fraternidad* y de la *Comunidad*? –Sí, sí.

»¿Os sacrificaréis por el interés y la felicidad de las mujeres, de los niños, de las masas oprimidas por la miseria y la ignorancia? –Con transporte: Sí, sí.

»¿Aceptáis el título de soldados de la Humanidad con todos los deberes que este título os impone? –Con un ardor creciente: Sí, sí.

»¿Estáis resueltos a soportar todas las fatigas y todas las privaciones, a desafiar todos los peligros en el interés común y general? –¡Sí, sí, sí!

»¿Estáis bien convencidos de que vuestro primer interés y vuestro primer deber hacia la Comunidad son la Unión, la Concordia, la Tolerancia y la Indulgencia de los unos con los otros; el Orden, la Disciplina y la Unidad? –Todos juntos: ¡Sí, sí!

»¿Estáis bien decididos a sacrificarlo todo a la necesidad de la disciplina y de la unidad? –¡Sí, sí!

»¿Os adoptáis sinceramente por hermanos y os comprometéis firmemente a practicar la Fraternidad; a amaros, a socorrerlos, a ayudarlos, a sacrificaros recíprocamente los unos con los otros? –Con entusiasmo: Sí, sí.

»¿Juráis permanecer siempre fieles a la bandera de Icaria, de la Humanidad, de la Fraternidad y de la Comunidad? –Con transporte y firmeza inexplicables: ¡Sí, juramos!

»¿Consentís a que aquel que abandone sus hermanos para atender su interés personal y egoísta pueda ser públicamente infamado como desertor y traidor? –¡Sí, sí!

»¿Aceptáis completamente, sin repugnancia, sin segunda intención, el Contrato Social publicado en el *Popular* del 25 de setiembre de 1847? –Todos a una: ¡Sí, sí!

»¿Aceptáis la Dirección única y consentís a confiármela por espacio de diez años? –Con un calor siempre progresivo: ¡Sí, sí!

»¿Vuestra aceptación es una verdadera elección? –¡Sí, una elección!

»¿Juráis someteros a mi dirección, como yo juro consagrar toda mi existencia a la realización de la Comunidad sobre la base de la Fraternidad? –Todos a una y tendiendo las manos: ¡Sí, nosotros lo juramos!»

Eran sesenta y nueve utopistas, que rodeados de medio millón escaso de espectadores, cantaron su himno:

«Partamos para Icaria...  
A fundar, pues, nuestra patria,  
hijos de Fraternidad,  
fundemos allá, en Icaria,  
¡la dicha de la Humanidad!»

Un «¡Hasta nuestra llegada!» repetido cien veces ponía sonido al agitar de sombreros y pañuelos. La alegría, la esperanza, el entusiasmo parecían poner el punto final. Si se hubiera tratado de una novela, habría

sido el momento apropiado para ponerle fin. Pero era *real*, un sueño que se estaba realizando: ¿cómo iba a salir bien?

Siempre, pues, nos quedará la misma pregunta: ¿No fue un error pretender realizar la utopía? Una vez más, ¿no es su lugar la ausencia? ¿No es ya una temeridad verterla y fijarla en los libros? ¿Cuánto más no lo será el intentar arraigarla en la naturaleza? O, por el contrario, ¿no es así como sale de los libros para volver a estar viva?, ¿para hacerse popular?, ¿para alimentar el deseo de escapar? Sea como fuere, Cabet hizo los dos viajes y arrastró tras sí esperanzas, ilusiones, ganas de vivir mejor y de ser mejor. Él contribuyó a mantener viva la utopía, pues tal vez su muerte no le viene de sus derrotas, sino de su renuncia. Los que se quedaron, blanquistas y babeuvistas, proudhonianos y marxistas, que le acusaban de huir abandonando al pueblo a su suerte, tal vez tenían razón desde criterios políticos pragmáticos; pero la historia necesita de estas aventuras para recordar a los hombres lo que pueden llegar a imaginar.

#### 4. La aparente burla de la naturaleza y de la historia

Tal vez hubiese sido preferible que no hubieran intentado realizarla, que hubieran seguido criticando el mal social desde su ideal utópico: así habrían seguido teniendo razón, pues siempre tiene razón quien apuesta por la belleza y la justicia. Tal vez, incluso, hubiese sido preferible que Cabet no hubiera escrito su utopía, reduciéndola a una ciudad ideal: así habría seguido siendo apasionante, pues siempre lo es más la inconcreción y el desarreglo.

Con lo primero, la fe sufrió un duro golpe y más de uno volvió de nuevo a sospechar que el error, todo el error, estaba en haber ingenuamente imaginado que el mal es cien por cien social, sin conceder su parte a la naturaleza humana. O, si se quiere decir de otra manera menos provocadora: en haber soñado que a la naturaleza humana le son propias la armonía y la piedad. Claro que eso es como decir que el error del proyecto utópico consistió en que era utópico... De todas formas, y aunque la decepción y el rencor volvió a los corazones de muchos, ni siquiera las rencillas, acusaciones, luchas por los bienes, confrontación de egoísmos..., todo aquello que era la forma más cruel de negar la «Fraternidad», pues se daba entre apóstoles de la misma; todo aquello, decimos, no fue suficiente para matar el sentimiento utópico en quienes realmente se habían reformado, en quienes realmente lo eran. Así, muchos siguieron varias décadas, de tierra en tierra, intentándolo de nuevo, buscando un asentamiento más hermoso, un lugar adecuado, inencontrable, para la utopía.

Con lo segundo, es decir, con la escritura del *Viaje por Icaria*, también la utopía corre sus riesgos. Aunque el libro es la más elocuente expresión del optimismo, leída hoy queda muy lejos de contagiarnos. Si al realizar el diseño la naturaleza jugó su habitual mala pasada, recordando la

miseria por debajo de la miseria –la miserable raíz de la miseria–, al escribir su relato literario se desafió al tiempo, a la historia, y ésta también se cobró su revancha. Pues si el *Viaje por Icaria* perseguía hacer posible el optimismo poniendo todos los males como sociales y contingentes, hoy, más de dos siglos después, nos damos cuenta de que los males de los cabetistas son, en sustancia, los nuestros. Su obstinada perduración parece desafiar al más pertinaz sentimiento utópico, que difícilmente esquivará la pregunta: «¿serán eternos?»

Pero además de esa perpetuación de la miseria, la desigualdad, la opresión, el egoísmo, etc., que en el fondo sólo ponen a prueba la capacidad utópica del hombre, la lectura de la obra cabetiana provoca otra sospecha, no menos pertinaz, y sin duda más grave. Pues resulta que la mayor parte de los rasgos de la ciudad soñada, de «Icaria», que se proponen como ideales, han sido ya realizados por nuestra civilización. Y ésta los ha realizado con generosidad y exceso respecto al sueño cabetano (aunque tal vez no respecto al nuestro). Que un trabajador, o un actor de cine, que para el caso es igual, pueda ser presidente; que haya un sistema de alcantarillado en las ciudades y cuartos de baño en las casas; que en las ciudades se comuniquen por «camino de hierro» (no llegó a soñar «camino aéreo»); que llegue a haber excedente de bienes; que la jubilación sea a los sesenta y cinco años... (¿Para qué seguir? El lector lo encontrará todo aquí dentro.) Todo eso, decimos, está ya realizado.

El tímido maquinismo que Cabet soñaba, la máquina amiga del hombre para aliviarlo del trabajo pesado, ha ido mil veces más lejos en una tecnología que no sólo parece «liberarlo» del trabajo (o, al menos, del puesto de trabajo), sino de su histórica necesidad de pensar. ¿Y quién sabe si de soñar?

Esa «ciudad ideal», pues, es ya real en sus contenidos materiales y concretos. No obstante, sigue la insatisfacción. La «realización de la utopía de la máquina» se niega como utopía y convierte en utópico el «anti-maquinismo». La confianza de Cabet en la programación –viendo en la anarquía capitalista una fuente de irremediables males– parece hoy una burla. Recordemos que en *Icaria* hay una «Guía» para todo. Ya de entrada, lord Carisdall recibirá una «Guía del viajero» en la que todo está explicado: como el «Manual del profesional» de nuestros tiempos.

El tiempo, la historia, ha jugado su mala pasada a la «ciudad ideal» icariana: la ha realizado y, cuantitativamente, con sobreabundancia. Por eso, leer hoy el *Viaje por Icaria*, asistir a la reivindicación de esa utopía, produce una amarga sensación de pesimismo. Claro que siempre es posible decir que, si bien se ha realizado en sus rasgos materiales, no así en los otros, en lo referente a la igualdad, la fraternidad, la piedad, la libertad... Que la utopía está aún por realizar. Que una ciudad sin esos contenidos humanos, sin esas relaciones, no es realización de la utopía, sino su máscara. Pero ése es precisamente el problema: si la igualdad, la fraternidad, la libertad... se hacen depender de una «ciudad ideal», ¿qué pensar cuando se consigue ésta y aquellos valores siguen ausentes? ¿Qué pensar, sino que los hombres son capaces de construir todas las ciudades ideales imaginables, incluso más allá de su imaginación histó-

rica, pero que, en cambio, ninguna de ellas tiene nada que ver con la igualdad y la fraternidad? Y si no dependen de ella, ¿por qué mezclarlos? ¿Por qué escribirla?

Unos han pensado que las máquinas son la causa de esos males; otros, que la pobreza y el atraso tecnológico. La verdad es que la desigualdad y la opresión ha acompañado a los pueblos, desde los más rudos y «subdesarrollados» a los más refinados y «civilizados». Por eso decíamos que convertir la utopía en ciudad ideal es, a simple vista, un riesgo innecesario, pues los contenidos realmente utópicos parecen ser independientes del diseño arquitectónico, la estructura política o la organización de la producción; parecen huir, escapar, no dejarse reducir ni apropiarse por ningún orden, perdurar como lo otro, como fuente del deseo de negación. Por eso, en definitiva, nos preguntábamos si había valido la pena que Cabet fijara su utopía en un relato pormenorizado que, por muy razonable y bello que fuera, no sólo quedaría estrecho para la historia, sino que podía negar su propio sentido y producir pesimismo al realizarse la ciudad ideal sin la utopía.

De todas formas, nada se pierde. El *Viaje por Icaria* se justifica a sí mismo como obra literaria; como ciudad ideal ha servido para alimentar sueños y lanzar la imaginación; y la utopía, lo realmente utópico, esa igualdad, fraternidad, libertad, siguen siendo lo que eran: inspiradoras de literatura, fuente de sueños, instrumentos de negación..., en fin, formas que tiene el hombre de no aceptar la limitación, o sea, formas de vivir como hombres, sin entregarse, sin amar a su dueño. O, al menos, sin vender su alma en su silencio.

J.M. Bermudo,  
Profesor de Historia de la Filosofía  
en la Universidad de Barcelona.  
Barcelona, 1985

